

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1953

Núm. 1009

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA PROCESION DE LOS SANTOS

Más de una vez me aconteció penetrar en la vieja catedral gótica a la caída de la tarde. Allá en el fondo hay una oscura capilla solitaria, y allá en el fondo un Cristo solitario abre sus brazos doloridos entre dos cirios que chisporrotean lúgubramente. En pie, frente a El, le contemplo, le imploro, y muchas veces también le interrogo: «¿Quién te ha enseñado esas dulces palabras que salieron de tus labios? ¿Por qué te has dejado matar? ¿Por qué no has herido y triunfado? ¿Eres Dios, o eres un iluso? ¿Por qué no has sido egoísta y vano y cruel como yo lo he sido?»

El me escucha y murmura palabras de consuelo, y algunas veces sus ojos se clavan en mí con severidad, y alguna vez me sonríen.

Una tarde, de rodillas, apoyé la frente sobre el pedestal de la cruz. Ignoro el tiempo que así estuve. Al cabo sentí que una mano se apoyaba sobre mi hombro. Alcé la cabeza y ví la figura blanca y radiosa de un hombre, por cuya frente corrían algunas gotas de sangre. El Cristo había desaparecido de la cruz.

—Sígueme, me dijo con voz que penetró hasta lo más profundo de mi corazón.

Al mismo tiempo, por detrás del altar, surgieron otras figuras de hombres y mujeres, y en un momento se pobló la capilla. La capilla era pequeña, pero la muchedumbre era grande.

—Seguidme todos, dijo el Señor

Y nos lanzamos a la puerta en pos de El los que allí estábamos.

—¡Vamos al Cielo, vamos al Cielo!—oía murmurar a los que tenía cerca.

Salimos al campo. La luna bañaba con luz tibia los árboles, las mieses, las praderas. La figura blanca de Cristo se destacaba más pura y más bella que la de la luna. Marchaba delante, y sus pies parecía que no tocaban la tierra. Cercanos a El caminaban algunos hombres y mujeres, cuyas figuras creía reconocer. «Ese es Agustín, ese es Bernardo, esa es Teresa», —me decía. Pero tan cerca de El, como éstos marchaban otros hombres y mujeres completamente desconocidos para el mundo.

La campiña era de plata; el cielo de oro. Los árboles inclinaban sus penachos al paso del Señor, murmurando plegarias. El viento dormía. Nada se escuchaba, ni el ladrido de un perro, ni el canto de un ga-

llo, ni el rumor lejano de la mar. La procesión caminaba en silencio.

Transponíamos las colinas, transponíamos los valles. La campiña era cada vez más amena. Una brisa suave se alza del suelo, cargada de aromas. Las rosas abrían sus cálices fragantes; las estrellas dejaban caer sobre ellos sus luces temblorosas.

Pero algunos íbamos quedando rezagados.

De cuando en cuando el Señor se detenía, volvía el rostro hacia nosotros y nos hacía seña para que nos diéramos prisa. Los demás cumplen sus órdenes; pero yo cada vez voy quedando más atrás. El cansancio se apodera de mi cuerpo, y me place detenerme a menudo para contemplar la belleza de una flor, para escuchar el canto de un pájaro.

Voy quedando sólo. Entonces me salen al encuentro hombres guerreros, de labios blasfemos, de ojos sarcásticos, que me cierran el camino. Lucho con ellos; logro vencerlos. La procesión se aleja, y pienso con horror que muy pronto la perderé de vista.

Pero el Señor no se olvida de mí. A menudo se detiene, se empina sobre sus divinos pies para verme, y, por encima de las cabezas de la muchedumbre, me insta con la mano para que camine.

—¡Maestro, le grité, te sigo de lejos, pero te sigo!

Armando Palacio Valdés

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

En la doctrina predicada por Jesús de Nazaret, algo destaca como permanente en todos sus actos: la caridad.

El amor al prójimo, decretado por Dios en el primer mandamiento, es uno de los principios fundamentales de nuestra religión.

Si basamos en él nuestro modo de vivir y de actuar, los demás mandamientos habrán sido cumplidos como lógica consecuencia.

Revisemos nuestros actos y comen-

temos por aplicar este primer mandamiento del Decálogo y habremos solucionado nuestros propios problemas y los que afectan a la sociedad en general.

No podemos tomar de los principios de nuestra religión aquellos que son de fácil cumplimiento o no estorban a nuestro modo cómodo de vivir.

La caridad nos obliga a realizar actos heroicos a veces, pero necesarios si queremos vivir de acuerdo con la doctrina predicada por Jesús de Nazaret, en los años de su vida pública.

Bien está que se luche contra las ideas antireligiosas o disolventes, que se censure duramente algunos modos de vivir poco morales, que ciertos actos realizados por el hombre o por organizaciones diversas sean combatidos con toda energía, que se señalen los males que puedan llevar por mal camino a aquellos a quienes nos está obligado dirigir; pero en modo alguno debemos de confundir el mal con las personas mismas, ni aunque sean determinadas quienes lo realizan, sino que por el contrario con estas personas debemos de ejercer con más interés la caridad cristiana, no apartándolas de nuestro afecto y de nuestra estimación, pues hemos de ver en ellas más necesidad que otras de buenos consejos, una mayor atención y más interés en ayudarlas a ver claro en medio de las tinieblas que puedan ofuscarlas.

Ellos tienen un alma como la nuestra y es nuestro deber acercarnos cuanto mas podamos a su corazón para señalarles el camino y que vean sus errores para corregirlos. Con nuestro aprecio así demostrado habremos ganado mucho más cerca de esas almas que con el desvío y el apartamiento de su amistad.

Tengamos presente lo que los Evangelios nos cuentan y veremos a Jesús de Nazaret, en contacto constante con sus enemigos, procurando ayudarlos y orientarlos en el verdadero camino, acercándose al pecador con cariño y amor, acompañando a la mesa a quienes de El estaban desviados y perdonando siempre y buscando para todos un consuelo y unas palabras de cariño emanadas de la caridad que tanto nos predicaba.

Tengamos presente siempre el ejer-

ciclo de la caridad cristiana para con todos: amigos y enemigos, que Dios nos la dictó en su primer mandamiento y que al ejercitarla nos será fácil el cumplimiento de todas las demás nor-

mas que nos fueron dictadas en nuestra religión.

.....
 «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.»
 R.

REPORTAJE DE LA PASION DE JESUS

¶ Sería la hora de nona cuando entraba yo en Jerusalén por la puerta de los Jardines. Había tenido que apretar el paso, porque el cielo se había puesto, repentinamente, de color de ceniza y habían empezado a caer unos goterones de lluvia, densos y pesados como si fueran de aceite.

Jerusalén ardía en una inusitada animación. Todo el abigarrado turismo religioso que viene, en estos días, a cobijarse a la sombra del Templo, bulle en las calles.

La ocupación preferente de esta gente-cilla del país es charlar y charlar. Es este un pueblo, sin acción, que se diluye en palabras. Hablan siempre a media voz, con profundos gestos misteriosos. Parece siempre que conspiran o que negocian... Pero hoy la conversación me resulta más animada, ligera y gesticulante. Aquel fariseo que nunca alzó su mano más allá de los labios, para el saludo ritual, hoy ha permitido llevársela hasta la frente en un supremo gesto de asombro. A mi entrada, un corro de mujeres, medio levantados los velos, señalaban, bajo la puerta de los Jardines, no sé qué huellas de sangre. Comentaban nerviosamente y se quitaban unas a otras las palabras. Hoy todas llegarán tarde a la cena doméstica. Como la lancha de los pescadores deja, al pasar, en el lago una estela de burbujas blancas, algo ha pasado hoy por Jerusalén, dejando una estela de gestos y palabras. ¿Qué será?

Bar Rabban

Un balanceo general de la muchedumbre callejera y charlatana me ha hecho volver la cabeza. Cien uñas negras, sucias de polvo y miga de pan moreno, han señalado unánimemente a un hombretón, de revueltas greñas y áspera barba, que va allá, discursando y gesticulando, al frente de un corro numeroso. Se me va despertando mi curiosidad frívola de buen latino. Habría en todo esto una información interesante. He preguntado a una mujer que llevaba una cesta con dos gallinas, quién es aquél hombre. Ha clavado, con extrañeza, en los míos sus profundos ojos melancólicos.

—¿Llegas ahora de fuera?

—Hace un instante.

—Sólo así se comprende que no sepas que ese es Bar Rabban, el hijo de Rab: el que esta mañana fué puesto en libertad por el pretor. Estaba en prisiones por una muerte que hizo con motivo de una sedición.

Luego me explicó que el delito político de Bar Rabban consistía en haber matado a uno con motivo de tantos motines movidos por los Zelotes contra el poder romano. Por la mañana, el pretor había ofrecido al pueblo que escogiera entre la libertad de ese hombre y la del Nazareno. Y el pueblo había optado por la del sedicioso político. Porque el Nazareno, argüía

la mujer, había hablado de derogar la ley de Moisés y de demoler el Templo.

No he comprendido bien todo esto. Me decepciona un poco. Me temo que se trata de un incidente doméstico y nacionalista de esta pobre gente supersticiosa.

Cuando terminó sus verbosas explicaciones, se oyó rodar un trueno sobre las nubes negras y un relámpago iluminó el rostro de mi interlocutora. Estaba intensamente pálida.

El soldado

Suceso de aldea: pleito interno de judíos comineros y ritualistas. No me parece que va a tener aquí el informador materia para divertir a las matronas romanas en el tibio sopor de después del baño.

Ya casi tenía decidido no tomar más notas cuando he oído decir a un corro que aquel soldado de Roma, que viene por allá, llega del lugar del suplicio. Por lo visto ese Nazareno agitador que decía la mujer de las gallinas ha debido ser ajusticiado. Esto es más serio de lo que pensé. Será cosa de interrogar al soldado que vuelve del sitio de la ejecución. El podrá darme cuenta exacta y desapasionada del suceso, libre de los prejuicios y supersticiones de las gentecillas del país.

He logrado abrirme paso hasta él, y me he preparado para tomar mis notas.

Pero... o aquel hombre era de pocas palabras o volvía intensamente preocupado. No encontré en él la versión ligera y sonriente del suceso que yo esperaba de un paisano. Me manifestó que los judíos habían acuciado a Pilatos, el pretor, para que aligerase la muerte de los ajusticiados. Hablaba así, en plural, porque juntos con el Nazareno habían sido puestos en cruz dos ladrones. Los judíos querían aligerar la muerte de aquellos hombres porque se venía encima el Gran Sábado de la Pascua y no querían que la muerte lo impurificase. Yo me sonreí al oír esta cominería de los fariseos..., pero él no se sonrió. Continuó diciendo que el pretor había dado orden de que fuera una patrulla de soldados a quebrar las piernas de los crucificados. Así está dispuesto por la Ley, que previene que, si ha de aligerarse la muerte de los condenados a cruz, se haga aplicándoles otro tormento que compense en intensidad lo que en duración se les alivia. Aquí el soldado se interrumpió secamente:

—¿Y ahora no te ríes?

Comprendí que verdaderamente aquella cominería de nuestra sabia Ley de Roma allá se iba con la de la Ley de los judíos. No tuve tiempo, sin embargo, de razonar sobre tal descubrimiento, porque el soldado continuó contándome que al llegar al Monte Calvario donde estaban los crucificados, el Nazareno había muerto ya. Aunque sólo llevaba tres horas en la cruz, no era extraño, pues antes había perdido

mucha sangre, al ser azotado en el Pretorio. Se les quebraron las piernas a los otros dos ajusticiados. Al Nazareno, por certificar su muerte, el propio soldado que me hablaba le había dado un fuerte lanzazo en el costado. Le había llegado al corazón. En la herida cabría la mano de un hombre...

Cuando llegó aquí calló de repente. Fué a decir algo más, pero se arrepintió. Yo quise que me acompañara en mis comentarios sonrientes sobre la muerte de aquel agitador judío. Pero él se separó de mí, en silencio, mirándome fijamente con sus ojos profundos cargados de secretos misteriosos.

Se han ido aclarando las calles de corros, viandantes y borriquillos. La noche ha cerrado con viento y lluvia. Algunos rezagados que todavía van y vienen, chapoteando por el fango, amontonan comentarios fantásticos sobre el suceso de la tarde. A uno oí decir que el velo del Templo se había partido en dos mitades. Otro afirma que el Centurión Petronio dice que el hombre que ha muerto era un justo. Esta beligerancia que con tanta seriedad dan mis paisanos al suceso aldeano de la tarde es lo que más me turba. Sobre todo cuando en un corro de chiquillos he oído decir que el soldado que alanceó el costado del Nazareno ha asegurado que de la herida brotó, extrañamente, sangre y agua.

Me temo, otra vez—pero ahora por razones totalmente contrarias—, que esta información no va a divertir mucho a las matronas romanas en el tibio sopor de después del baño.

Claudia Prócula

He decidido enterarme a fondo del suceso. Y para no tropezar más con judíos supersticiosos o con soldados alucinados, en busca de una fuente limpia y auténtica de información, he encaminado mis pasos hacia el Pretorio.

Hecha valer mi condición y expresada mi solicitud, he logrado del pretor la promesa de una inmediata entrevista. Conducido a una antesala, he tenido en ella el honor de saludar a su mujer, Claudia Prócula. Gracias a los dioses que me permiten, en ella, encontrar otra vez a Roma. Claudia Prócula es de la ilustre y poderosa familia Claudia, uno de los más claros linajes de la Metrópoli. Es alta y bien proporcionada. Habla un claro y seguro latín.

Pero... Después de las naturales reverencias, he procurado derivar la conversación hacia el tema que, más que interesarme, empieza a producirme inquietud: y mi turbación y desasosiego, lejos de disminuir, se han acentuado. Decididamente este Oriente taimado y perezoso constituye un grave peligro de mareo y borrachera para la clara inteligencia de Roma. Claudia Prócula me ha dicho mil extrañas maravillas que se cuentan del profeta que ha sido ajusticiado esta tarde, y me ha asegurado que, en sueños, la noche anterior sufrió mucho por la causa de aquel justo. Tal fué su desasosiego, que durante el proceso, según dice, hubo de mandar a su marido un recado para que no le hiciera mal.

Me iba a decir más cosas de aquel extraño judío, cuando fuí llamado a presencia del pretor Poncio Pilatos.

Pilatos, el Pretor

Estaba el pretor reclinado sobre unos almohadones; era de más que regular estatura: la nariz aguileña, el labio inferior saliente y voluntarioso, y la frente despejada, así como la curva de su cráneo rasurado y amplio.]

Poncio Pilatos me habló con circunspección y aplomo. Me recibió con afabilidad, y con una sonrisa ceremoniosa me dió licencia para tomar asiento. Al fin tenía delante de mí un hombre culto, educado en las máximas de Epicuro y Pirron. Se sometió a mi interrogatorio con una suave condescendencia y con un ligero malhumor de hombre acostumbrado a ser él el que interrogue. Medía sus palabras al contestar. Hubiera preferido, como buen político, que le trajese yo mis preguntas por escrito y le dejase una noche para meditar sus respuestas.

Empezó hablándome de política colonial. Creía que los procedimientos actuales de Roma pecaban de débiles y condescendientes. Ese respeto a las creencias del país iba en desdoro del culto al Emperador. Su primer conflicto con los judíos nació de que, al cambiarse la guarnición de Jerusalén, dió orden de que los soldados entrasen en la ciudad llevando las imágenes de plata del César. Pero los judíos lo tomaron a provocación y, con súplicas mareantes y continuas, se las hicieron devolver a Cesarea. Luego, en el palacio de Herodes Antipas, actualmente Tetrarca de Galilea y Perea, mandó colocar unas tablillas votivas en honor de Tiberio. También protestaron los judíos; hicieron llegar su protesta a Roma, y el Emperador, demasiado complaciente, le desautorizó y mandó retirar las tablillas. Creía él que fué tendenciosamente informado en contra suya por Herodes Antipas. Pero al llegar aquí se interrumpió, cauto, en seco.

—Bueno, nada de esto es para que lo pongas en tu información.

Y no cejó hasta que mirando él mismo mis notas, se cercioró que sólo había escrito un vago preámbulo desvaído y convencional que me dictó:

—Estoy en Jerusalén de pretor desde el año 26. El clima es bueno y Jerusalén una gran ciudad que prospera bajo el mando benigno de Nuestro Señor Tiberio.

No parecía muy propicio a hacerme declaraciones sobre el suceso de la tarde. Me entretuvo hablando de no sé qué obras hidráulicas que había construído en la ciudad, utilizando para ello parte de los tesoros del Templo de los Judíos. Pero mi tenacidad casi indiscreta le llevó, poco a poco, al tema de mi información:

—¿...?
—Sí: a eso del amanecer, la plebe amotinada trajo a mi presencia al Nazareno. Le traían a golpes y empellones, atado con una soga como un cordero, y al frente de las turbas venían Caifás y casi todos los príncipes de los Sacerdotes. Mi primer deseo fué inhibirme del pleito y entregarlo a la jurisdicción de los mismos judíos. Era lo más prudente, puesto que se trataba de cuestiones internas de ellos.

No: el Sanedrín, que es el tribunal de los judíos, sólo puede imponer penas leves y menores. Por eso ellos no se conformaban con mi propuesta. Entonces les

pedí que me concretasen una acusación: y me dijeron que aquel hombre se decía Rey de los Judíos, y que levantaba al pueblo, diciendo que no había que pagar los tributos del César. Ya esto me pareció más razonable y le hice subir a la sala del tribunal. Pon esto bien claro en tu información.

—¿...?

—Sí: allí me explicó a su modo sus palabras. Me dijo que la realeza de que él había hablado a los judíos, no era de este mundo y que él había venido a dar testimonio de la Verdad... ¡Figúrate!... ¡La Verdad!... Yo no encontraba culpa alguna en él. Sus ojos estaban llenos de inocencia. Lo más prudente era intentar una nueva inhibición. Y como me informaron que era Galileo, pensé que, en realidad el pleito pertenecía a la jurisdicción del Tetrarca. Era un modo, además, de demostrarle a Herodes Antipas que no desdénaba su poder. Dí orden, pues, de que le llevaran a su presencia. Creo que obré discretamente.

—¿...?

—Herodes no quiso solucionar la cuestión. Me devolvió al Nazareno al poco tiempo, habiéndole hecho poner, como a un demente, una túnica blanca. Me encontré otra vez entre la tozudez de esa gente que pedía para aquel hombre la pena capital y la falta de pruebas en su contra. Gritaba de un modo la plebe que no era posible enfrentarse con una negativa rotunda. Estos orientales son maestros en el grito insistente y quejumbro. Entonces, persuadido de que aquel hombre era inocente, decidí, para aplacar al pueblo, mandarle azotar. ¿Qué otra cosa podía hacer?

¿...?

—Los judíos, por su Ley, no pueden pasar de los cuarenta azotes; pero nosotros, los romanos, podemos llegar a los sesenta y seis. Le hice, pues, flagelar en la Columna, y luego, ataviado con una corona de espinas y un cetro de caña, que mis soldados le pusieron, se lo presenté al pueblo. Pero el pueblo, lejos de apiadarse, insistió con una sola palabra obsesionante: ¡Crucifícale! Millares de veces oí esa palabra durante toda la madrugada. Todavía la tengo metida en los oídos.

¿...?

—Me resistí todavía. Pero los judíos insistieron en que aquel hombre se había querido proclamar Rey. Te confieso que tenía una misteriosa dulzura en sus pocas palabras y en sus largos silencios. Pero... la chusma insistía en su pretensión. Llegaron a decirme—fíjate bien—que si no castigaba a aquel hombre que se quería alzar como Rey, yo no era amigo del César. Esta sospecha no podía consentirla yo. Esta Judea es una provincia apartada, y yo sé, por experiencia, cómo llegan las informaciones a Roma.

—¿...?

—¿Qué iba yo a hacer? Decidí entregar a aquel hombre a la voluntad del pueblo. Pero eso sí, en testimonio de mi inhibición de aquella resolución extrema, antes pedí una jofaina con agua y me lavé las manos a presencia del pueblo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿...?

—Sí: al escribir la tablilla que el reo ha-

bía de llevar al cuello hasta la cruz y luego había de clavarse en ésta, puse: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos». Ellos querían que hubiese puesto: «Que se hace llamar Rey de los judíos». Pero yo estaba ya harto de imposiciones y exigencias. En este último asunto, al menos, quise salvar mi opinión. Te confieso que ese hombre tenía una extraña majestad en el rostro. Escribí, con cierta reticencia y gusto, sin salvedad alguna: «Rey de los Judíos»...

¿...?

—¿Qué quieres? Esto es gobernar con prudencia y buena política. No se puede contentar a todos. ¿No te parece?

—¿...?

—Sí: hace un momento, poco antes de venir tú, José de Arimatea, un judío rico y pacífico, me ha pedido el cadáver del Nazareno para darle sepultura. Es persona de prestigio entre ellos, y se lo he concedido. Hay que andar así, contemporizando: a esto no, a lo otro sí. Mi mujer no está conforme con nada de lo que he hecho esta mañana. ¿Qué quieres? No se puede contentar a todos.

Se levantó sonriendo. Me despidió con afabilidad y cortesía. Yo he transcrito sus palabras con la mayor exactitud posible.

Cosas y meditaciones

¿Había encontrado en el pretor Pilatos la versión definitiva, clara y serena que para mi información buscaba? El lector juzgará. Yo extrañé en todo su relato, tan prudentemente medido, aquella larga vacilación y resistencia, en un hombre al parecer, tan frío, frente a la resolución de un caso aparentemente vulgar. ¿Qué es lo que había luchado en el pretor tanto tiempo frente a la simple conveniencia política y colonial de complacer a los judíos? ¿Compasión? ¿Miedo supersticioso?... No opino; pero quedaba flotando sobre todo su relato, no sé si como una ironía o como un remordimiento, aquella extraña complacencia con que había escrito en la tablilla: «Rey de los judíos». La tablilla ¿era una acusación o un diploma?

Al salir, pude lograr de unos soldados del Cuerpo de guardia que me enseñaran los instrumentos de la flagelación. La columna, más alta que la estatura de una persona, estaba toda llena de salpicones de sangre. Los látigos eran de tiras de cuero terminadas en púas de hueso y de madera. También había varas de olmo, refinadamente flexibles y nudosas. De la boca, fragante de vino aguado, de uno de los soldados obtuve algunos detalles más. Ellos habían añadido a la flagelación ordenada, a modo de propina, unas cuantas burlas de cuartel. No todos los días se tiene a la mano un judío para hacer escarnio de él. Uno de los soldados se quitó su clámide bermeja de legionario y se la echó por los hombros al Nazareno, otro le ciñó la frente con una corona hecha de ramas de espino y otro le puso en las manos una caña. Luego pasaban por delante y le gritaban: «¡Salve, oh Rey de los Judíos!»... Otra vez, el misterio de la realeza del ajusticiado. Para el pretor la proclamación de esa realeza es como un *trágala* para los judíos; para los soldados, es una burla y un mote; para los judíos es una blasfemia. Pero por un camino o por otro, todos vienen a reincidir en la proclamación. Y en verdad que todo el aparato del suceso y de su

trágico desenlace, más parece sedición contra un Rey, que agitación lugareña contra un impostor. Porque no he podido obtener de estos soldados que me digan qué contestaba el Nazareno a sus burlas e insultos. Parece ser que callaba con un imponente silencio. Y a esto yo digo que la *majestad* que ellos le daban, podría ser una mentira y una burla; pero la majestad de ese silencio misterioso parecía algo más que una burla y una mentira.

Herodes y Caifás

De Herodes Antipas no he podido obtener información alguna. A pesar de lo agitado de la jornada, dormía. No creo que con ello pierda nada el lector, pues, según parece, su contacto con el judío se limitó a pedirle que hiciera un milagro en su presencia. Este Herodes Antipas no es amado de nadie. Se cuentan de él mil historias sucias donde danzan su criada Herodías y su sobrina Salomé. Parece ser que el Nazareno no se dignó contestarle siquiera. No cabe duda que este judío era, por lo menos, un magnífico administrador del Silencio y la Palabra.

He logrado, en cambio, cambiar unas breves palabras en casa de Anas, su suegro, con Caifás el Sumo Sacerdote de los judíos. Es hombre taimado que mide también sus palabras. Deja en la oscuridad los verdaderos móviles que determinaron al Sanedrín a mandar prender al Nazareno. Me parece adivinar que éste ponía de manifiesto por las veredas, las plazas y las calles, la hipocresía de estos fariseos. Sospecho que éstos temieron ver en sus palabras la ruina de esta lucrativa industria del Templo de Jerusalén. Caifás, muy típico oriental, viste de grandes gestos lastimeros y desgarramientos de túnica, sus pequeñas reacciones utilitarias. Según él, el Nazareno ajusticiado no ya se decía Rey, sino Hijo de Dios. Parece que todos se esfuerzan, creyendo hacer lo contrario, en dar a este suceso estatura gigantesca. Porque todo esto de la realeza y de la filiación divina no tiene más que dos salidas: o la locura o la sublimidad... Y para la simple locura no creo que fuera necesaria la cruz.

Todos quieren hacer risa y burla de los títulos de éste judío: Rey, Hijo de Dios.

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 174

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

Pero frente a todo esto hay una cruz dándonos misteriosa seriedad. En todo este proceso me suena a hueca la risa, y la burla me suena a exaltación. Me parece traslucir en todos una misma preocupación por desembarazarse, aprisa, de algo más temido, que odiado o despreciado. No me han referido una sola palabra ni actitud del ajusticiado que denuncie al impostor o al loco. El relato de sus propios acusadores no consigue borrar la atracción misteriosa del Nazareno crucificado. La desproporción de la muerte de cruz, frente a las burlas y desprecios que la acarrearón, convierten en testimonios estos desprecios y estas burlas: ¡Rey! ¡Hijo de Dios! Darse estos títulos es cosa de locos. Llevarlos hasta la muerte es ya, verdaderamente, cosa de reyes o de dioses... Romanos: anotad que un hombre extraordinario ha muerto en Jerusalén en este plenilunio del mes de Nisan.

¿Dónde están?

Y ahora pienso que sólo he interrogado a sus enemigos. Este hombre, según me dicen todos, revolvió media Judea y media Galilea. Le seguían, en tropel, numerosos discípulos. ¿Dónde están? Sería bueno obtener de ellos una información.

Pero no es posible dar con el paradero de ninguno de ellos. Parece que al ser prendido el Nazareno, todos se dispersaron como una bandada de pájaros con una pedrada. Una criada de Caifás me dice que uno estuvo, de mañana, calentándose en el atrio. Por el habla se le notaba que era Galileo. Pero negó reiteradamente ser discípulo del Nazareno.

He salido a la calle en busca de mejor fortuna. La noche es oscura a ratos y a ratos blanca de plenilunio. Quedan todavía por los rincones algunos corros comenta-

ristas y gesticulantes. Pero nadie me da cuenta de los discípulos del muerto. Todos niegan haberle conocido. Nadie sabe nada. Nadie oyó nada... En un corral vecino ha sonado, como clarín de la aurora ya próxima, el canto de un gallo.

El extraño cortejo

Ya iba a recogerme cuando me crucé en una esquina con un extraño cortejo, lento y silencioso. Eran dos hombres y varias mujeres. Lloraban en silencio. Llevaban en las manos lienzos y tarros de ungüentos. Dejaban tras de sí, como una estela, un fuerte olor de mirra y áloe. Oí decir en un corro que el uno se llamaba Nicodemo y el otro José de Arimatea. Al pasar, la luna llena blanqueó el rostro de una de las mujeres. Así, dos veces pálida era la imagen del más serenísimo dolor. Alguien, en voz muy baja, comentó cerca de mí:

— Esa es la Madre...

Al cerrar esta información

Ya en mi posada, sonora de arrieros y fragante de cabrito despellejado, traté de conciliar el sueño. Pero no era posible. Me atraía, con un desasosiego extraño, aquel ajusticiado sólo conocido por mí al través de los relatos de sus acusadores. Me cantaban en los oídos los bellos y magníficos títulos de su acusación. Y el rostro doloroso de su Madre me desvelaba como una luz.

La noche continuaba lluviosa a ratos, a ratos despejada. Poco a poco las calles iban quedándose solitarias y silenciosas. Apuntaba ya el día cuando todavía un rezagado comentaba, junto a mi ventana:

— Verdaderamente, este hombre era el Hijo de Dios.

José M. ^{de} Pemán

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)